

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
PAGO ADRENTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes
Estranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

"Este precepto os doy: Amáos
los unos a los otros como Yo os he
amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION
Calle de Cbrales, núm. 144, principal.

A donde se dirijirán TODOS los en-
cargos y correspondencia.

Las tragedias del aire

(SUCEDIDO)

Todo era júbilo en el campo de aerostación; se sabía, por fin, que el gobierno concedía la asignación necesaria para intervenir en la Gran Prueba Internacional, y todo el mundo se aprestaba a prepararse para formar parte del equipo que España enviaba a disputar la célebre Copa al resto de las naciones. Todos los pilotos deseaban ir; quien más, quien menos, todos contaban con méritos suficientes para ello.

En aquellos días, entre tanto, el personal subalterno se afanaba echando cuentas de todo lo que pudiera necesitarse; aquél recontaba las cuerdas; este otro repasaba los sacos; el de más allá las telas; la barquilla, los aparatos de a bordo etc. etc., todo era objeto de una minuciosa investigación; y todo iba quedando listo.

El entusiasmo era enorme; de esta vez seguro que España quedaba vencedora.

Por fin, después de pesar y contrapesar méritos y condiciones se habían designado los tres oficiales que formarían el equipo del globo luchador; los tres, brillantes oficiales; entusiastas, audaces, serenos y sobre todo peritísimos aeronautas. Los tres se habían comprometido solemnemente a conseguir para España la Gran Copa.

Ya iban de viaje; las despedidas fueron emocionantes por lo cariñosas y efusivas; los compañeros, que no tenían la suerte de ir con ellos, les habían despedido con envidia, con santa envidia, de no ser ellos los que para España conquistarán el gran trofeo. Los que viajaban habían sentido, con la emoción de la despedida, el peso tan grande de la comisión que se les confiaba.

¡Sabrían vencer!

Y allá iban con la seguridad en el triunfo; y así llegaron. Y con el ajetre del trabajo no se dieron cuenta hasta el día antes de la prueba, de lo fea que estaba la atmósfera para ponerse a merced de sus desencadenados elementos.

Ninguno de los tres sintió la comezón más leve al percatarse de lo duro de la prueba a que se le sometía; los tres confiaban en Dios, en la Santísima Virgen, y en las oraciones de los suyos; que a todas horas rezarían por ellos; los tres sintieron el honor profesional, la vergüenza de una derrota, el amor

propio lastimado... y no hubo un momento de duda en aquellos valientes.

¡Y que la prueba había de ser dura en verdad!, lo confesaban todos; lo adivinaban ellos con la sagaz perspicacia que da la profesión, y como había de ser dura, convinieron, a propuesta de uno de ellos que tuvo la suerte de ser el primero que lo dijo porque pensarlo lo pensaron los tres, confesar y comulgar debidamente para prepararse a toda eventualidad. Y al día siguiente, muy temprano, de un hotel céntrico, salían para una iglesia nuestros tres bravos oficiales. Y los tres se prepararon a bien morir.

Y con los ánimos que dá el haber hecho muy bien su obligación, antes que nadie, estaban los tres en el Parque de Aerostación. Los preparativos estaban en sus comienzos; por todos lados se veía personal subalterno trabajando; aquí inflaban; allá ataban cuerdas; aquél sujetaba las barquillas; éste amontonaba y pasaba por vigésima vez lista de los objetos que tenían que llevar los tripulantes.

Nada faltaba. Ya se veían todos los globos hinchados, semejando fantasmas grotescos; unas cabezas enormes, redondas, con unos cuellos a tiras y unos cuerpos cuadrados, esmirriados, raquíuticos, sin vérselos las piernas, que debían tener empotradas en el duro suelo; el viento los fustigaba duramente, haciéndoles bambolear sus enormes cabezotas; parecían hacer esfuerzos de titanes para desprenderse de la tierra a que los sujetaban; esfuerzos que docenas de hombres no bastaban a contrarrestar.

¡Pronto! ¡Adentro!—se oyó una voz de mando enérgica, acostumbrada a mandar.

¿Todo preparado?—preguntó la misma voz. Y a una señal afirmativa, las voces de ¡listo!, ¡soltar!, se oyeron claramente.

Y con la velocidad de una flecha salió disparado por el aire el globo que iba a ganar la copa para España.

Viéndoles subir, más de uno decía: ¡Qué atroz viaje van a llevar! Y acertaba plenamente; las nubes corrían bajísimas y negras como pecados mortales.

Mira si van bajas—decía uno—que aún no llevan doscientos metros y aquella que tan veloz se aproxima les va a envolver. Y les envolvió; y se les perdió de vista; pero el globo la saltó con rapidez y apareció, más pequeño por la altura ganada, en el extremo opuesto de la nube.

Por todas partes se oía lo mismo:

¡Qué día más malo!... ¿Por qué no habrán aplazado la prueba?... ¡Qué negruras; dá horror sólo mirar para arriba!...

—¿Qué tal vais?

—Bien—contestan los ayudantes al piloto.

—¡Qué mal día vamos a tener!—dice uno.

—Mejor—contesta el más resuelto—; así los otros bajarán pronto, y nosotros, fieles a nuestro compromiso, nos quedaremos en el aire; y con este huracán seguro que vamos a parar lo menos ¡a Rusia! ¡Con lo que me gustan los bolcheviques!

—A Rusia no digo—exclama uno—pero que la copa es para España no os quepa duda.

—¡Pues, chicos! Desde estas alturas gritad conmigo fuerte, que nos oigan allá: ¡¡Viva España!!

Y con este humor y estos deseos empezó el viaje.

Vió el piloto venir hacia ellos una nube más negra que una maldición: —¡Eso no es nada!—exclamó, señalando a los otros la terrible nube—. Voy a echar lastre y veréis cómo nos la pasamos por encima. Prepararme cinco sacos. ¡Pronto, al aire arena!...

Y el globo no subió. El agua caída con anterioridad había empapado al globo, que pesaba toneladas más de lo que estaba calculado.

—¡Mas lastre, chicos; fuera peso; hay que subir!—ordena el piloto. Y otros cinco sacos fueron al aire. El globo acercose a la nube, pero no la pasó, temeroso de meterse en aquel infierno. Pero se aproximó tanto, que los últimos girones, como vedijas de lana, como crespones funerarios, rodeaban a nuestros héroes.

Un vivo resplandor iluminó el espacio breves instantes, envolviendo en su fulgor al globo español. Tan vivo fué que nuestros tres bravos muchachos quedaron cegados, deslumbrados por la claridad.

No más que unos segundos pasaron, cuando uno dijo:

—¿Qué ha sucedido?

—Una exhalación. Pero a mí no me ha pasado nada. ¿Y a tí?

—¿A mí? Tampoco.

—¿Y a tí, Perico? ¡Perico! ¡Levántate! ¿Qué te ha pasado?

En el rincón, hecho un ovillo, estaba Perico. Los otros dos se olvidan de todo; no hacen caso del globo, ni de la nube que sobre ellos se cierne amenazadora. Sólo ven a Perico; a Perico,

que con sus cuidados le pueden salvar, y le cogen, le zarandean, le abren y cierran los brazos, le echan cognac en la boca; todo inútil.

Perico está muerto.

Y a la mente de los dos, atropellándose, se vienen aquellas palabras que Perico pronunciara la tarde antes, animando a los otros dos:

—¿Queréis que mañana, antes de partir, confesemos y comulguemos?

Baltasar Chinchilla.

Madrid, 1925.

Sigue el desfile de los "apóstoles-padres" del protestantismo

La historia dice de estos (en el número anterior vimos la de Lutero), que en sus escritos y con sus palabras denotan todos carácter arrebatado, corazón corrompido, orgullo irritante; la menor resistencia basta para hacerles vomitar oleadas de injurias y de blasfemias. ¡Cuán diferentes son los apóstoles del Catolicismo!

Calvino fué un impúdico, cruel y vengativo; devorado por los gusanos, murió blasfemando.

Zwinglio, un libertino, como él de sí mismo confiesa. Fué muerto y quemado su cadáver.

Enrique VIII, de Inglaterra, un adúltero y licencioso, que porque el Papa no aprobó su repudio de la mujer con quien estaba casado legítimamente para unirse con Ana Bolena, se separó del Catolicismo y formó un protestantismo a su modo.

Así cumplían fielmente las «máximas» de Lutero, «el verdadero padre de la criatura».

Este rey, murió desesperado, exclamando: «Todo perdido: el Reino, la fama, la conciencia y el cielo.»

También a Lutero, en momentos de «careo con su conciencia», se le oyó exclamar: «Oh, esa luz del cielo, esa luz viva no bulle ya para nosotros, en castigo de haber abandonado nuestro estado. ¿Y no será posible volver a él? Es demasiado tarde.»

Melanchthon, discípulo de Lutero, interrogado por su madre en peligro de muerte sobre la religión católica y la protestante, le contestó: «La nueva, la nuestra, es más cómoda; la antigua, la católica, es más segura.»

Asistiendo Federico II, rey de Prusia, a una misa cantada por el cardenal Zenzendorff, en Breslau, dijo a los que le acompañaban: «Los calvinistas tratan a Dios como a servidor; los luteranos como a igual, pero los católicos le tratan como a Dios.»

Si fuesen ciertos los principios (absurdos) que proclaman los protestantes en su afán de vivir sin freno moral alguno, resultaría que Jesucristo, en vez de haber venido al mundo para librarnos del pecado y enseñarnos de palabra y con sus ejemplos a practicar todas las virtudes, aún las más heroicas, ¡habría muerto para darnos la libertad de vivir impunemente en el crimen!

Para toda persona de buen sentido ¿qué valen las palabras donde faltan las obras?

Haced una mala partida a cualquiera de éstos «celosos apóstoles» del protestantismo y veréis cómo se queja, aún

cuando le digáis que los respetáis mucho, que tenéis fé en ellos; y es que el absurdo salta a la vista.

Por esto, cuanto más honrados e instruidos en religión, los seguidores del fraile apóstata, más se aproximan al catolicismo; de aquí las inmensas conversiones que todos los días leemos en la prensa de información.

Y esos católicos que se pasan al protestantismo, fijaos bien, son gentes del todo ignorantes, indiferentes como católicos o unos solemnes «vivos» que van «a lo que se caiga».

En esto el mismo Calvino, y los otros igual, nos dan la razón, cuando dicen: «Entre cien evangélicos, no se encuentra apenas uno solo que se haga evangélico por otro motivo que por entregarse más libremente a toda suerte de voluptuosidades y de incontenencias.»

¿Queréis autoridad más alta? Lutero dijo que «con su Religión toda Alemania parecía poseída del diablo, ha desaparecido el temor de Dios; esto, sigue el reformador, es un diluvio de todos los vicios», empezando por él. (Coment., in II, Petri, 2.) «Ya que hemos comenzado así, no hay más remedio que sufrir las consecuencias, separados del antiguo orden de la Iglesia, tranquila y quieta bajo el papado.» (Obras de Lutero, ed. de Walch, Halle, 1737-53.)

Que las sufran, pues, los protestantes; nosotros, los católicos, vamos bien y seguros dentro de la verdadera Iglesia, instituida por el mismo Cristo bajo la autoridad de su vicario en la tierra, el verdadero sucesor del Apóstol San Pedro.

San Ignacio de Loyola

Soñó escalar las cumbres de la gloria entre el clamor de trompas y timbales, y en letras de oro perpetuar su historia al través de los siglos perennales.

La adversidad fué sólo ejecutoria de su valor y audacia colosales; sólo el cielo cantar pudo victoria y trocar sus ensueños terrenales.

Soñó ganar para Jesús los mundos, y al punto se lanzó, veloz cual rayo, al frente de ocho bravos por doquier;

y eran los ocho bravos sin segundos, Bobadilla, Coduri, Lainez, Jayo, Fabro, Rodríguez, Salmerón, Javier.

BEN AZ.

¡INSENSATOS!

No hace mucho que en América experimentó ejemplar castigo la temeridad de un joven incrédulo. Este fué a pasar unos días en el balneario de Cartagena (Colombia), hospedándose en casa de unas tías suyas, personas de arraigados sentimientos religiosos.

Estas pusieronle una imagen del Redentor Crucificado en la cabecera de la cama.

Al apercibirse de ello el joven incrédulo, dijo enseguida a sus buenas tías que la sacaran de su cuarto, pues él no creía en tales supersticiones; pero ellas no hicieron caso, y dejaron al Santo Cristo en su lugar.

Irritado entonces el infeliz joven, tuvo la sacrilega osadía de arrojar la imagen al suelo, pisoteándola rabiosamente.

El castigo de tamaño sacrilegio no se hizo esperar mucho. Al día siguiente se fué a bañar y se le introdujo una arenilla en un ojo, a consecuencia de lo cual se le inflamó terriblemente.

El joven fué llevado a Santiago de Chile, pero los remedios fracasaron, muriendo el desgraciado dando espantosos alaridos y sin recibir ninguno de los auxilios de la Religión.

Hace algún tiempo fué profanada la iglesia de Grisy-Suisne, y vendidos en pública subasta todos los objetos del culto pertenecientes a la misma.

Entre los que más se distinguieron en aquel acto de pillaje profanador figuró Enrique Lavingne, que adquirió, entre otros objetos, el paño negro que cubría el catafalco en los funerales y en los oficios de difuntos, que él se complació en arrastrar en son de mofa por las calles; y otro individuo, que dijo querer comprar el Cristo de tamaño natural de la iglesia para jugar a los bolos con su cabeza.

Ambos no tardaron en recibir el castigo de tan villana acción, porque el primero se suicidó al poco tiempo de profanar el paño, y el segundo murió repentinamente antes de comprar el Cristo.

Digno de anotarse

Con motivo del sueltcito que publicamos en nuestro número anterior, con el título «Digno de anotarse», muy satisfecho se nos acercó a los pocos días uno de esos vizcainos, y, con ingenuidad y familiaridad amables, tan propias en ellos, y con esa habla que al querer ser castellana es en extremo pintoresca, nos contó esto que vamos a decir con sus mismas palabras:

«Pues, yo contar a tí una cosa: yo entrar el día pasado en el muelle en una taberna a tomar un copa o un vaso vino y allí encontrar yo hombres muy arrogantes, pero ellos no saber nada más que desir muchas palabras feas contra Dios y la Virgen y ensusiar santos; ellos parecer como ercúmenos, pero yo no tener miedo: pues yo tener mucha fuerza y buenos puños; ellos mucha lengua y ensusiar y desir ellos me c... en tal y yo desir «Viva Dios» y ellos desir más alto, yo contestar más alto «Alabado sea Dios»; ellos mirar a mí y yo tener buenos puños y Dios dar a mí muchas fuerzas; ellos marchar y yo quedar victorioso; ellos marchar a ensusiar al diablo.»

Delante de mí a Dios no ensusiar; yo en mi lancha no amitar hablar mal primero, no ofender a Dios; así enseñar a nosotros en casa: comer bien, trabajar mucho, pues, saber obligaciones de buen cristiano.

Nosotros, pues, tener costumbre resar antes de comer, después de comer, y si no estás en la mar ir a misa los días de fiesta y si puedes también los días de trabajo; poco tiempo nesusiar en Misa y no costar más que tener voluntad de ir a Misa.

Pues, tú sabes, que tener mucha culpa los madres y padres no enseñar de pequeño, y después no aprendes y no sabes nada.

Yo, el día pasado oír a una madre desir a su hijo pequeño me c... en tu padre. A un hijo pequeño así no puedes enseñar educación; todos tener obligación de enseñar a amar a Dios; aquí

pasar delante de un cura y no quitas la gorra, pasar delante de Santísimo no haces la reverencia. Así no tienes educación.

Ya sabes tú qué pasar a mi primo en Burgos, servir Rey, soldado, y tener buena costumbre de resar oraciones a la Virgen y todos los días resar rosario, en cuartel no oír más que blasfemias y ir a un rincón a resar rosario, y los otros soldados haser burla y tirar piedras y haser otras cosas.

Un día ocho soldados desir uno a otro: el viscaíno estar allí resando, y desir, vamos a confesar con él, a ver si nos quiere confesar, y desir uno al otro: vete tu primero, y el otro desir vete tú y así estar y uno desir: yo ir primero a desir a él a ver si nos quiere confesar, y contestar mi primo: serrar el puño, yo no tener facultad de confesar, pero tener para confirmar, y pegar un puñetazo junto a la oreja, tirar al suelo y después dejar en pas a resar rosario y las oraciones. De un puñetazo meter miedo a seis mil soldados. Si haser así todos, pronto quitar mala costumbre, para cosas buenas no tener miedo; Dios dá muchas fuersas y no tener respeto qué desir la gente y Dios premiar todo.»

¡Oh, vizcaínos, raza altamente simpática, trabajadora y religiosa, honra de España! Si cuantos se precian de buenos tuviesen el tesón y valentía en defender su fé, que vosotros tuvisteis siempre, la acometividad de los malos, que no son tantos como parecen, tendría que arriar velas.

RELIGION Y PATRIA os quiere y os admira, porque sois dignos de ello.

La pornografía es un mal social además de un grave pecado. ¿Por qué, pues, se sienten esos libros que la pregonan y la ensalzan, esos espectáculos donde se exhibe como nota artística, haciendo el negocio de empresarios sin conciencia y de fulanas que un autor nada timorato en estos achaques calificó de «montón de carne lasciva sobre un espíritu muerto»?

Efecto de esta tolerancia, de este alzar la vista de los que pudieran «sentar fuerte la mano», no sólo a los que venden, sino más aún a los que escriben y editan tales obras, son esa podredumbre que ha destruido y sigue destruyendo tantos hogares y tiene repletos de víctimas incurables los hospitales y manicomios.

Y en la otra vida el infierno. ¿Dónde está esa ponderada higiene social?

Bien que se aplauda a quien «un día» toma medidas en el asunto, ¡pero si ha de ser «todos los días»!

SEGUNDO CONCURSO ESCOLAR

CUADRO DE HONOR

SOBRESALIENTES

Escuela Municipal de los Campones
(Tremañes-Gijón).

EN RELIGION

20. Concha Aoebal Rodríguez.

EN LABORES

21. Orfelina Muñiz Menéndez.

Cómo Santo Domingo expiró una tarde

Ya fray Moneta tenía motivos para no admirarse de nada en este mundo de Dios. Así gozosamente lo confesaba a sus nuevos hermanos fray Jacinito y fray Cosmas, dándoles a gustar las uvas milagrosas de aquella parra que en todo tiempo ascendía, verde, lozana y olorosa por la pared del convento de Santa María de las Viñas.

Súbitamente entristeció, y suspiró en voz queda, señalando la ventanuca de la celda donde adolecía de muerte Santo Domingo:

—El la plantó.

Y mientras fray Moneta se alejaba un instante para soltar el jumentillo, que andaba con una arpillera en los ojos dando vueltas a la noria del agua, fray Jacinito y fray Cosmas quedáronse contemplativos con la mirada en alto, como si se les mostrara algo más que la parra verde dorada por el crepúsculo, y las grullas del campanario volando en el cielo azul.

Un padre reverendo—no se sabe si sería fray Reginaldo—asomó en aquella ventana y clamó con pena, ahuecando la voz en ambas manos:

—El padre maestro pide que suban para el refectorio del agua más clara.

El padre maestro era Santo Domingo, que fenecía, y, a semejanza de Nuestro Señor, tenía el anhelo de despedirse amorosamente.

Fray Moneta descolgó él mismo su cántara en el hondo pozo. Luego la fué levantando a pulso, con un fresco son de agua que chapoteaba allá abajo al desbordarse.

Ya la campana llamaba a la colación de la tarde.

¡Qué asombros iban a sucederse!

Ya en una silla de brazos se había hecho llevar Santo Domingo, amarillento y tembloroso de las fiebres cuartanas. Los cuarenta frailes de su Comunidad le rodeaban en pie ante la tabla, y fray Ventura recitaba en un latín antiguo: «Oremus: Enviad, ¡oh, Señor!, vuestra bendición a nosotros y a estos dones vuestros que vamos a recibir de vuestra largueza.»

Pero sobre la mesa no aparecían más que las escudillas con el agua saludable que fray Moneta subió en su cantimplora. En todo el convento no se había podido encontrar ni un corruquejo de pan para alimentar aquella tarde a los cuarenta siervos de Cristo. ¡Qué pobreza tan acabada! Santo Domingo sintió que el corazón le exultaba a las mismas puertas de la muerte. ¿Cuál convite de despedida más regalado que aquella tabla desnuda? Asentáronse los frailes gozosos en su pobreza y el patriarca dió su bendición tan solemne como si humearan sobre las anchas fuentes de estaño corderos asados al horno entre hojaldres y repostaría.

Las puertas se abrieron sin un rumor. Dos ángeles resplandecientes llenaron todo el refectorio de una luz de amanecer, y de unas alforjas de lino que traían al halda comenzaron a sacar panes de inmaculada blancura: un pan para fray Cosmas, otro pan para fray Jacinito, otro pan para fray Moneta. Así, cada pan para cada uno de los frailes, que atendían, juntas las manos bajo la barba, temblorosos de pasmo. Santo Domingo, como quien es familiar

a tan santa compañía, respondía, a pesar de sus fiebres, por cada don de los ángeles:

—¡Deo gratias!

A él de rodillas le ministraron. ¡Y sólo cuando vieron que su padre saboreaba unas migajuelas, se atrevieron los humildes frailes a catar aquel pan, que traía un aroma reciente y misteriosísimo.

Ya que hubieron terminado, ya que cada fray guardaba bajo la manga las reliquias de tan memorable ventura, Santo Domingo quiso despedirse de ellos, pero le estorbó el anhélito de la agonía que comenzó a invadirle. Pidió que allí mismo tendieran en las losas sobre unos sacos, sobre un puñado de heno. Fray Rodolfo sustentábale, amoroso, la cabeza tonsurada. Fray Ventura le colocaba en la diestra la candela para bien morir. Y fuera de fray Jordán, que apartaba con un lienzo el frío sudor de su frente, olvidados en un punto de la visitación celeste que acababa de confortarles, todos los otros frailes lloraban y lloraban y se enjugaban las lágrimas con la punta del manto. Exhausto de todo, balbució Santo Domingo:

—Ya es hora.

Todos se arremolinaron en torno de su padre, recomendándole el ánima con muy grandes clamores. Fray Ventura recitaba:

Sancta María...

Sancte Abel...

Sancte Abraham...

Todos respondían:

Ora pro nobis.

Así eran requeridos los patriarcas y profetas, los apóstoles y evangelistas, los confesores, los mártires, las vírgenes, más que con otro afán, porque no se quedara sin su cortejo de triunfo el tránsito del Santo Padre.

No le afligía, en verdad, pavor ninguno de la muerte. Tras los ojos vidriosos, hundidos en lo hondo del cráneo, se le adivinaba la leticia de su alma.

Mientras fray Reginaldo tentaba de vez en vez aquellos pies, que ya comenzaban a estirarse, el maestro Ventura clamaba ahogado de afán:

«Auxiliad santos del Cielo; acorred ángeles del Señor.»

Y repetían los frailes:

«Acorred, ángeles del Señor, a recibir su espíritu, ofreciéndolo en la presencia del Altísimo.»

Santo Domingo se incorporó repentinamente con los ojos vueltos para la ventana. La gloria del Paraíso descendía sobre el refectorio de Santa María de las Viñas. Eran cientos, eran millares y millares de espíritus, translúcidos como estrellas que tañían cítaras, violas y salterios de cristal, que llevaban unos rosarios de perlas en la mano, que subían y bajaban, cantando el Rosario que Nuestra Señora enseñó a Santo Domingo.

Era un viernes. Cuando los gusanitos de luz fosforecían ya entre la hierba oscura.

Pero el refectorio ardía en una llamada, y el bienaventurado, entonando los misterios gloriosos, echaba a volar su ánima, seguida del cortejo, por aquella escala de estrellas, donde le aguardaba la Virgen celestial.

Largo espacio quedaron los aires sonoros de la dulce música con que ascendían cantando: Dios te salve María.

Los frailes yacían por el suelo desfallecidos de una dulzura tan inefable.

Sólo en su cueva del monte, Francisco de Asís, el Pobrecito, deshecho de lágrimas, los brazos en alto, respondía a coro con dos jilguerillos cantadores: «Santa María, Madre de Dios...»

Jenaro XAVIER VALLEJOS.

NOTICIAS

La «Junta local de Padres de Familia» de Gijón, que viene trabajando incansable contra esa propaganda obscena, baldón de nuestra Patria, ofensa a nuestra Religión, acaba de dirigir al señor Director de la Compañía de Caminos de Hierro del Norte de España, una razonada exposición, haciéndole observar lo mucho que hay que lamentar en esos quioscos de las estaciones, cuando con una enérgica prohibición sería fácil de una vez y para siempre destruir tanta inmundicia en libros, folletos y grabados, como se expone en los citados quioscos.

¿Tendrá el debido resultado la advertencia de nuestros amigos?
Ya lo diremos.

Un buen ejemplo del duque de Alba.—Hace unos días que la Prensa nos comunicó la plausible noticia de que el duque de Alba se proponía edificar al lado de su palacio un grupo de casas para obreros, y ahora nos sorprende con la venta de las dehesas de Fresnedillas y Torrecilla, para que sean repartidas entre los vecinos de Céspedes, en excelentes condiciones de precio y con bastantes facilidades para

el pago. El beneficio que dicha adquisición reporta alcanza a cuatrocientas familias que se convierten en propietarias.

Propagandas protestantes.—Hace pocas tardes, en el paseo de la Independencia, un individuo se dedicaba a expender folletos protestantes con argucias y habilidades, haciendo ver que se trataba de lecturas ortodoxas.

El joven don Francisco Larrodé, justamente indignado, increpó al propagandista y denunció el hecho a las autoridades, entregando uno de los libros en el Gobierno civil. Nos parece muy ejemplar y digno de todo encomio el rasgo viril del señor Larrodé, que pertenece a la Juventud católica de la Seo.

Llamamos la atención del público para que no se deje sorprender incautamente y confiamos en que las dignas autoridades de la ciudad pondrán coto a las audacias y procedimientos capciosos con que se intenta la propaganda de una religión contraria a la del Estado.

En Gijón se han colado también algunos de estos pajarracos y pajarracas protestantes, que llevan sus atrevimientos a hacer más de lo que les está consentido por una tolerancia complaciente.

Pues bien; contra estos desmanes ya saben nuestros lectores, celosos del bien

de su patria y de su religión, cómo deben portarse.

Adjuración.—Comunican de Roma que la señora de Lovenskiold, una de las peregrinas luteranas que acompañaron a la Peregrinación católica escandinava a Roma, ha adjurado la heresia luterana.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

El Pino.—Sr. D. A. R.—Se ve que ha tomado usted con verdadero interés el aviso de las D. Propagandistas de Madrid, pues frecuentemente nos sorprende con nuevas suscripciones a «R. y P.», además de las que ya tiene a su cargo.

Muy agradecido a esto y a lo demás. A su pregunta respondo que no se ha demostrado gran cosa el entusiasmo.

Pola de Lena.—Sra. D.^a M. F.—Recibido su donativo de 15 pesetas. ¡Ah, señora, no se conforma usted con la puntualidad «exactísima» en los pagos de suscripción, que son a veces con abundancia, sino que también remite donativos para nuestra propaganda!

Cuando así es uno comprendido y ayudado, el corazón se anima y siente más afición al trabajo.

P. de Lena.—Sra. D.^a A. A.—Pagó fin Septiembre 1925.

Sr. D. L. L.—S. Leonardo.—Fin 1925.

En el próximo número continuará la historia de

“PEPITO”
(SEGUNDA EPOCA)

La Reconquista :: S. Bernardo, 99 :: Gijón

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 200
Teléfono Almacén: 383

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería :: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas.

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica. — Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN —

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. :: San Bernardo, 148 :: Teléfono: 797 :: GIJÓN

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FABRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)
Harinas superiores :: Chocolates exquisitos
:: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

ACEBAL, RATO Y COMP.^a
FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

“La Fama Asturiana”

Se recomienda por sí sólo al chocolate de esta marca.
Pídase en las tiendas de comestibles.

GRANDES ALMACENES
de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 185 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf: 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

Teléfono, 312.

EMILIO CADAVIECO
PINTOR Y PAPELISTA

Precios económicos.

Paseo de Juan Alvargonzález, 7.—GIJÓN

COLEGIO DE SAN RAFAEL

Dirigido por las Religiosas Carmelitas de la Caridad

VILLAVICIOSA

Se admiten alumnas internas, medio pensionistas y externas.

Dicho Colegio es muy importante y de sólida y escogida educación religiosa, artística, literaria y social.

PRECIOS MÓDICOS

Para más informes, dirigirse a la Reverenda M. Superiora del Colegio.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

Doctor Calisto de Rato y Roces

ESPECIALISTA en ENFERMEDADES

:: DEL SISTEMA NERVIOSO ::

Cuarenta y ocho años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

Carrida, 63.

GIJÓN